

LA ENGAÑOSA VUELTA A LA NORMALIDAD

Los industriales ingleses que se muestran reacios a comprender las preocupaciones de los franceses ante la rápida reconstrucción de Alemania, empiezan a quejarse en serio del renacimiento «dumping» japonés. Después de cada guerra surge el deseo de que se vuelva a la normalidad; otra de las falsas ideas claras que suena bien. Pero, ¿qué es la normalidad? El estado que existía antes de la última guerra, o sea el estado que conducía a la conflagración armada.

Es evidente que Alemania lo mismo que el Japón, eran y siguen siendo países demasiado densamente poblados, que para comer tienen que exportar artículos manufacturados. No se podía esperar que con la derrota se modificara esta verdad básica. Por consiguiente, según la estricta lógica, el mundo debía someterse a lo irremediable, a la victoriosa competencia alemana y japonesa, a decidir la destrucción de su poderío político, militar e industrial. La primera solución puede ser calificada de demasiado resignada, y la segunda de excesivamente cruel; sin embargo, fuera de ellas no hay lógica ni salvación. No es lógico, efectivamente, que después de haber condenado del modo más resuelto el «dumping»

japonés, contra el cual no hay competencia posible, los fabricantes de seda ingleses tengan que soportar ahora ese mismo «dumping» en todos los países de Asia, principalmente en la India, el Pakistán y Ceylán. Claro está que los nipones tienen que exportar, para vivir, pero esta verdad ya lo era hace diez años, y si los británicos estaban dispuestos a aceptar sus consecuencias, nunca debían haber luchado contra el Imperio amarillo. Todo esto es evidente y elemental. Y lo mismo se refiere también a Alemania. Si aceptamos la tesis de que los alemanes tienen derecho a vivir con desahogo y que son una nación sin suficiente espacio, tenemos que dar la razón a Hitler, y en el Japón al general Tojo. Si se estaba dispuesto a reconocer los derechos que emanan de la industrialización forzada de Alemania y del Japón, entonces si que la guerra ha sido innecesaria, estéril y estúpida.

No es posible que el standard — carne del productor occidental rivaliza con el standard — arroz oriental. Y como los mercados se restringen cada vez más, pues todos los países del mundo aspiran a convertirse en industriales, para que los unos puedan vender, los otros han de encontrar gran-

des dificultades para hacerlo. Si se estima que los japoneses pueden explotar libremente su poderío industrial, en la Gran Bretaña se producirá una crisis espontánea. ¿No habría que establecer turnos para la venta, acabar con la libre competencia, en beneficio de los aliados que después de haber sido agredidos han ganado la mayor de las guerras? ¿Podría vacilar entre la Gran Bretaña y el Japón? ¿Ha de significar la vuelta a la normalidad el auge de los agresores vencidos a costa de sus víctimas? ¿Es acaso justo que los ingleses refuercen aún más las restricciones que se han impuesto para que los japoneses o los alemanes vivan en la abundancia? La queja de que hablamos ha sido formulada por los industriales de seda, pero las consecuencias de la política del general Mac Arthur se dejarán notar pronto también en otras industrias occidentales. En la época de paz, la intervención contra el «dumping» nipón era poco menos que imposible. Pero ahora, cuando tropas norteamericanas ocupan al Japón, sería realmente imperdonable que por cálculo erróneo de Mac Arthur y por un humanitarismo mal interpretado se condenara a la miseria a millones de productores del Oeste, lavándose las manos ante la competencia irresistible de la industria japonesa, basada en salarios irrisorios.

ANDRES REVESZ

LAS FUERZAS NACIONALISTAS Y LAS FUERZAS COMUNISTAS EN CHINA

El poder militar de la China nacional se derrumba rapidísimamente y con él se hunde también el poder político del Kuomintang. Este es un hecho fatal al que humanamente no se le ve solución.

Al terminarse la guerra con el Japón, el mariscal Chang-Kai-Chek poseía un ejército nada despreciable, sin duda el mejor de Asia. Este ejército se componía de 39 divisiones, bien instruidas y equipadas por las misiones norteamericanas. Su tesoro de guerra ascendía a muchos millones de dólares.

En el transcurso de estos años este potencial militar ha desaparecido casi por completo. ¿Qué ha podido suceder para que semejante desastre se haya producido en tan poco tiempo?

La causa de todo ha sido la corrupción administrativa, plaga que fatalmente se ha extendido a la esfera castrense, hasta el punto de haberse retenido muchas veces la paga de los oficiales y de los soldados. Y también la incompetencia y la anarquía de los mandos militares.

Con algunas excepciones, entre las que se cuenta el general Fu-Tso-Yi, que manda el ejército de Peiping, hombre imbuido de la antigua tradición imperial, «espartano y honra-

do, que se preocupa de la moral de sus tropas, de su disciplina y su equipo, la mayoría de los generales son totalmente incapaces e indisciplinados.

La organización militar no ha existido más que en teoría. Así, ejemplo, el servicio militar obligatorio, que fue hace tiempo impuesto, no ha podido rendir los resultados apetecidos porque no se le ha dado el debido servicio de reclutamiento, y lo mismo ha ocurrido con los servicios de Intendencia y Administración militar. Todo esto ha dado lugar a que los generales hayan tenido que atender a reclutar y organizar las tropas de las unidades de su mando, a pagar a los soldados, a equiparlos y, en suma, a atenderlos por sí en todo y por todo. El resultado ha sido que ahora de rendir cuentas al Gobierno de los fondos entregados por el ejército se ha exagerado enormemente el número de hombres reclutados y de equipos distribuidos.

Esta situación ha conducido al ejército nacionalista a sufrir de una desmoralización absoluta, convirtiéndole en una horda desorganizada en la que las deserciones están a la orden del día.

Frente a esta clarísima incor-

EL TABLADO DEL ORIENTE MEDIO

Noticias de por allá

HA estado aquí Peral de Acosta, a quien el barco del capitán Amézaga nos devuelve después de varios meses de residencia por las tierras de Abdallah. Trae recuerdos, noticias y recados de comunes amigos; responde como puede a la ametralladora de mis preguntas; coincidimos en la apreciación de no pocos sucesos; recapitulamos sobre el papel encomendado a tantos personajes y personajes; y nos abandonamos — ¿por qué no? — al delicioso deporte de las profecías. Pero al cabo de muchas horas de conversación algo queda, susceptible de interesar al lector. Veamos si lo ponemos en orden.

Jerusalén, que iba a ser zona internacionalizada, está casi totalmente en manos de los hebreos. No sólo el casco moderno, sino también los periféricos barrios residenciales de Kalamón (donde se hallaba nuestro hotel) y de Greek Colony y German Colony, cuyos hotelitos ocupaban los ingleses, los diplomáticos y los árabes y armenios pudientes. Los Consulados han permanecido donde estaban, es cierto, salvo los de los países árabes y el de España, trasladados a la Ciudad Vieja; y el resto de la población que



El reparto de Palestina propuesto por la O.N.U.

tuvo tiempo de evacuar se ha diseminado entre Beirut, Ammán y Alejandría. Las fuerzas de Abdallah ocupan la Ciudad Vieja, donde, como digo, nuestro Consulado ha vuelto a su antigua sede en el Convento de las españolistas rijas del Calvario, cuya superiora es nuestra paisana la madre Guadalupe de la Preciosa Sangre (en el siglo, Nieves Andreu). La frontera corre a lo largo de gran parte de la muralla; de modo que, si en la azotea de los Frères están apostados los «keffiyés» blanquirrojos de la Legión Árabe, por las ventanas de Nuestra Señora de Francia, al otro lado de la calle, apunta la cara redonda de los centinelas de la Haganah.

La mayor parte de los Santos Lugares jerosolimitanos queda en el lado árabe; incluso el Muro de las Lamentaciones, dramáticamente desierto. Los judíos dieron fiera batalla por conservarlo, y en el intento pereció casi toda la población del ghetto arruinándose de paso, irremisiblemente, el conjunto de las cuatro insignes sinagogas sefarditas. De los árabes es también el Valle de Josafat, Gethsemani y Bethania, y, Cedrón abajo, hasta la depresión de Jericó y el Mar Muerto. Por otro lado rebasan Belén, con sus santuarios y su cristiana población indígena, pero no llegan a la no menos cristiana Beit Dyalala, allende el camino. Al Oeste no alcanzan más que al inmediato Abu Gosh, con su colosal estatua de la Virgen; del otro lado del monte bajan como pueden al convento trapense de Latrún y, como pueden también, ganan las inmediaciones de Lydda, cuyo aeródromo está en manos judías. Y para acabar por donde más trecho poseen — por el Norte, en cobrando Ramallah — donde se halla el Cuartel General de la Legión Árabe — siguen hasta Naplusa, llamada a ser capital del nuevo reino de Abdallah, y poco más: en dirección de Tul Kárem y Yennin.

Esto por lo que se refiere al ejército de Abdallah. Los egipcios ocupaban todo el Neguev, rebasaban Bir Sheba y habían entrado en contacto con los de Abdallah en Hebrón. Todo lo han perdido, e incluso han tenido que combatir incursiones judías en su territorio del Sinaí. Libaneses y sirios mucho ha sido que puedan salvaguardar sus propias fronteras y que conserven un sector minúsculo al Norte, apoyándose en unidades iraquíes. Y en cuanto a los árabes palestinos, los del llamado Gobierno de Gaza (el del Muftí), estarán esperando ocasión de salir con honra y provecho de su diminuto y asediado territorio.

Si se echa una mirada sobre el mapa puede apreciarse que las posiciones árabes no cubren, ni con mucho, lo que la O.N.U. les reconocía en Palestina. Es decir, que las armas judías ocupan un territorio que rebasa el establecido para el naciente Estado de Israel. Y todavía, que lo ocupado en el sector árabe ha

sido por obra de Abdallah de Transjordania y sus amigos los británicos. En esto han venido a parar las airadas voces de la Liga Árabe, en pro del arabismo de Palestina, y los propósitos belicosos de la misma, cuando predicaba la guerra santa de todos los países árabes. Si escucháis a los jerifaltes de la organización, Abdallah ha hecho el juego a los judíos. Su ambicioso designio de reunir la Gran Siria bajo su cetro, creando las inevitables desidias con los demás países árabes, si redundaba en provecho de las miras de los británicos sobre la región, a la larga había de favorecer el reparto de Palestina. Daba nacimiento a Israel. Pero la pura verdad es que Abdallah depuso momentáneamente sus proyectos y, aunque con reservas mentales, acomodó su conducta ante el caso palestino a la de los demás miembros de la Liga. Si sus ejércitos rompieron el fuego y entraron por Jericó fué en virtud de un mandato del Consejo de la Liga. Puso en práctica las decisiones de Biudán; al igual que sirios libaneses, iraquíes y egipcios.

Lo que no se le puede echar en cara es que el chovinismo belicoso de sirios y egipcios haya fracasado estruendosamente, mientras las conquistas transjordanas son las únicas que han dado fruto y se mantienen. Es decir, que al fracasar sus compañeros quede automáticamente erigido en único paladín del arabismo en Palestina, se convierta en auténtico árbitro de la situación. Y si con él están los ingleses, más o menos disfrazados de bajas y beyes árabes, razón de más para que los judíos, y el propio mediador de la O.N.U. prefieran entenderse con él que con sus burlados congéneres. Esta es la verdad.

De este modo el pio y astuto Abdallah ha podido orar, en Jerusalén, ante la tumba de su padre el rey Hussein, primer campeón del arabismo, y recibir la pleitesía de los guardianes del templo santo de Omar. En Jerusalén, con judíos y árabes separados por un muro no muy recio, con toda clase de mediadores y religiosos y cónsules de los diversos países de Occidente, no ha sido difícil a Abdallah mandar embajadas, recibir proposiciones, estudiar fríamente las cosas a la luz del negocio, de las conveniencias diplomáticas y del equilibrio del mundo. Si su dentista y el médico y los expertos financieros fueron siempre judíos, ¿por qué iba a cobrar, de pronto, odio a los hijos de David? ¿Por qué ha de renunciar al gesto de apaciguamiento que, en su calidad de caudillo de los árabes, esperan de él las Potencias?

Los de la Liga Árabe, que le mandaron adelante, no salen ahora de su asombro. Ellos armaron su brazo, avanzando una operación que sólo a Abdallah había de resultar provechosa. La clave del misterio estriba en que, mien-



El inglés Glubb Bajo, jefe de las fuerzas transjordanas que ocupan la Judea

tras aquéllos vociferaban contra Occidente y su instrumento los judíos, perdiendo en el campo de batalla todas las bazas, Abdallah se imponía militarmente y no rompía el diálogo con el adversario. Los egipcios quisieran ahora desandar lo andado: entablan negociaciones con los judíos, recurren a los buenos oficios del mediador de la O.N.U. Pero Abdallah les ganó la mano. Rey de Palestina a ambas orillas del Jordán, a ver quién le quita eso. Los judíos se vuelven contra Inglaterra, denunciando sus manejos en Transjordania, su presencia en los cuadros de la Legión Árabe de Abdallah. Huele a expediente dilatorio, hasta ver en qué paran las negociaciones de paz; pues Israel no ignora la situación que Transjordania dió la S.D.N. a Inglaterra, o el papel que le reserva el Tratado anglotransjordano de alianza aprobado en su día por la O.N.U.

Desde su cuartel de Ramallah, el monarca transjordano espera tranquilo. La jornada de hoy parece segura. La próxima, es de la Gran Siria. Gracias a sus fieles amigos los ingleses. Pero gracias, también, y es lo chusco, a sus entrañables enemigos los egipcios y los políticos de Damasco. Alguno de los cuales anda ya proclamando en alta voz la necesidad de constituir la Gran Siria de Abdallah; para oponer una muralla al futuro imperialismo del naciente Israel. Desde su casa de Rehovot, el sabio Chaim Weizmann, jefe del Estado de Israel, no puede reprimir una sonrisa mientras se acaricia la barba rala. La misma barba rala que Abdallah de Transjordania se estará acariciando con gesto y ánimo semejantes.

JUAN RAMON MASOLIVER